

010. La verdad de Dios.

Nuestro mensaje de hoy va a versar sobre un atributo de Dios que tiene una gran importancia en la vida cristiana. Llamamos a Dios *El veraz*, el que es la Verdad y el que dice siempre la Verdad. ¿Es cierto que tiene mucha importancia esto en nuestra vida?

Un acreditado profesor de universidad colocaba siempre sobre la mesa de la clase una manzana de la cual brotaba una sola hoja. Muchas veces hemos visto nosotros este símbolo y no lo hemos interpretado nunca, como tampoco lo sabían los alumnos de aquel profesor. Hasta que al fin le preguntan:

- *¿Por qué coloca usted ahí esa manzana? ¿Por qué la mira tantas veces mientras explica la lección?*

Y el profesor de arqueología, muy sencillamente, les explicó la verdad.

- *¿Ven ustedes? Para los antiguos egipcios, la manzana era el corazón del hombre, y la hoja era la lengua. Con la única hoja querían indicar que el hombre veraz tiene una sola palabra, la que le dicta el corazón. Yo en la clase quiero ser esto: jamás les diré a ustedes una palabra que no esté acorde con mi pensamiento, jamás les diré una mentira, siempre les diré la verdad.*

Pocas cosas hay que honren tanto a una persona como el ser sincera, como el decir siempre la verdad que piensa.

La mentira no cabe en su boca, y antes moriría que pronunciar una falsedad.

La última injuria que toleraría esa persona de honor sería el ser llamada *mentirosa*. Es una injuria que, sobre todo en el código militar, se lavaba con sangre.

Si el hombre es tan amante de la verdad, ¿pensamos lo que tiene que ser Dios?...

¿Y todo esto, por qué?... Pues, porque *Dios es la Verdad*. Es una afirmación constante de la Biblia, y que hoy nos vuelve a exponer como algo fundamental el Catecismo de la Iglesia Católica.

Si Dios es la Verdad, no puede pronunciar más que palabras verdaderas.

Si sus palabras son verdaderas, las podemos y las debemos creer.

Si creemos esa Palabra de Dios, debemos traducirla a nuestra vida, dando testimonio siempre de que hemos aceptado a Dios y sus promesas.

Si aceptamos así a Dios, no desesperamos nunca, pues Dios es Fiel y no nos puede fallar.

Todo esto nos dice esa Palabra de Dios cuando nos asegura que Él es la Verdad.

Miremos ahora el proceso de Dios para manifestarnos su verdad. Dios manda su Hijo al mundo, y Jesucristo dice:

- *El que me ha enviado es veraz... Dios es la Verdad.*

Entonces Jesucristo da un paso más, y nos asegura:

- *Yo sólo hablo en el mundo las palabras que oí a mi Padre... Yo soy la Verdad, además de ser el Camino y la Vida* (Juan. 7,28. Juan. 14,6)

Y en un tercer paso nos afirma:

- *El Espíritu Santo que yo os enviaré os enseñará toda verdad....* (Juan 14,26. 16,13) *Id, entonces, y enseñad a todas las gentes lo mismo que yo os he enseñado...,* porque les vais a enseñar la verdad.

Concluye todo con una afirmación, una profecía y una promesa solemne:

- *El cielo y la tierra pasarán, pero les aseguro a todos que mis palabras no pasarán* (Mateo 24,35)

O sea, que la Verdad para nosotros ha seguido este proceso:

- de Dios Padre a Jesucristo;
- de Jesucristo, por el Espíritu Santo, a la Iglesia;

- de la Iglesia a cada uno de nosotros.

¿Pensamos en lo que significa creer o no creer a la Iglesia cuando enseña la Palabra de Dios, ya que Jesucristo se la confió a ella?...

Una niña precoz, de alta posición social, oye cómo un protestante calvinista niega la presencia real de Jesucristo en la Santa Hostia. La chiquilla de cinco años se enfurece:

- *¿Sabe usted lo que dice? Si usted no cree que Jesucristo está en el Sacramento, usted hace mentiroso a Jesucristo.*

El calvinista quiere calmar a la niña y le ofrece unos bombones.

- *¡No quiero esos dulces!*

Sin tocarlos siquiera, los envuelve en el delantalito sobre el que han caído, los tira al fuego, y concluye su perorata infantil:

- *Así acabarán en el fuego los que se nieguen a creer lo que dijo nuestro Señor Jesucristo.*

El Espíritu Santo hablaba por los labios de una niña, que será después una gran mujer, ejemplar esposa y madre, ferviente religiosa, y que hoy veneramos como Santa Francisca Fremiot de Chantal.

Sobre esta fe de la Verdad de Dios se asienta la seguridad que tenemos en la Iglesia cuando nos enseña. No son hombres los que nos amaestran, sino que es Dios por boca humana quien nos dice su Verdad.

Si hacer mentiroso a Dios es un pecado sin igual, el conocer, aceptar y vivir su Verdad es el mayor homenaje que le tributamos.

Por eso nosotros le decimos siempre con palabras de la Biblia:

- *Habla, Señor, que tu siervo escucha (1Samuel 3,10)*

Y acabamos como María: -*¡Que se cumpla en mí tu Palabra!..*